

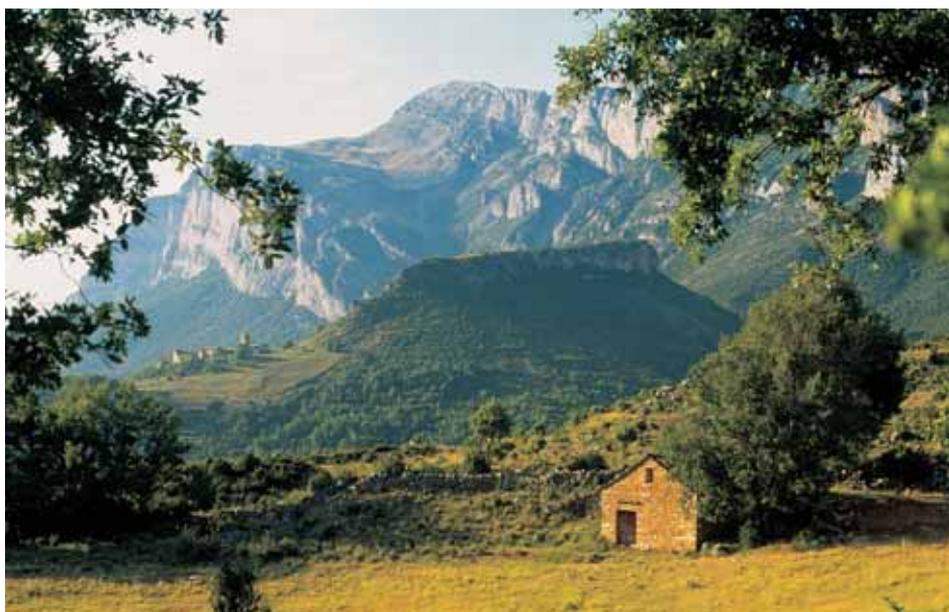
MANUEL LÓPEZ DUESO

La transición de la Edad Media a la Edad Moderna no semeja haber supuesto en Sobrarbe ningún cambio relevante en las formas de vida de las gentes de la comarca. El historiador Ferdinand Braudel señalaba: «*su historia* [la de la montaña] *consiste en no tenerla, en permanecer casi siempre al margen de las grandes corrientes civilizadoras, que discurren lentamente, pasando de largo ante el mundo de la montaña*» (1976, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, vol.I*, p. 40), pero tal afirmación resulta exagerada. Aunque para la historia de Sobrarbe ha desaparecido mucha documentación, la conservada refleja una vida y cultura imbricadas en el medio en que se desarrollan, para los que el Rey –de la «casa» de los Austrias y desde el siglo XVIII, de la de los Borbones–, la Corte y el «*teatro del mundo*», se hallan lejanos y su mundo parece encerrarse entre estas montañas. Algunos personajes surgidos de Sobrarbe formarán parte de ese «*teatro del mundo*».

Unas tierras pobladas

Las referencias a la evolución de la población de Sobrarbe a lo largo de los siglos XVI-XVIII, extraídas de censos con una finalidad fiscal, no resultan fiables, por no quedar incluidos en éstos las casas exentas de tales cargas –nobleza y clero– y realizarse los recuentos a partir del número de «*fuegos*», discutiéndose por los historiadores sobre el número de personas a asignar a cada «*fuego*», término en el cual queda integrado todos los miembros de la «casa». Un poblamiento disperso en villas, lugares, «*casales*», pardinas y «*masadas*» que perdurará, con diversas modificaciones, a lo largo de este periodo.

La evolución demográfica de la población del Sobrarbe se sitúa dentro del esquema del Antiguo Régimen, con una elevada natalidad, contrarrestada por una elevada tasa de mortalidad, que incide especialmente sobre la población infantil y con notables incrementos en los momentos de crisis económicas, por



El paisaje actual, dominado por matorral y arbolado poco tiene que ver con el antiguo y roturado, salvo por la dispersión

malas cosechas y hambre, guerras o epidemias. La pervivencia del sistema familiar y de la comunidad implicó la génesis de la institución de la «casa», ya en época medieval. La «casa» acoge a una familia amplia, con los «amos» viejos o padres del heredero, el «heredero» o «hereu» y su cónyuge y descendientes, los hermanos del heredero –incluso del anterior, es decir, tíos del «amo joven», los «tiones»–, y, en las «casas» poderosas, criados o servidores de la «casa», dedicados al pastoreo o al servicio doméstico, y los «donados». Para limitar el reparto de las escasas propiedades, se instituyó la figura del heredero único, el papel de las hijas era el matrimonio, y los restantes miembros de la «casa» trabajan «a beneficio y conserbación de la casa» (1664). Este sistema fomentaba la emigración de mano de obra joven, en muchos casos en labores temporales, como el pastoreo trashumante, pero reducía las posibilidades de crear nuevas «casas» que pudiesen subsistir largo tiempo, solo en los periodos de bonanza económica.

El siglo XVI fue un periodo de crecimiento demográfico, aunque para el ámbito pirenaico algunos autores apuntan cierto estancamiento y regresión demográfica. Sin embargo, los documentos, en especial en la segunda mitad del siglo XVI, revelan que gracias a la coyuntura económica se produce un crecimiento demográfico, con la ampliación del número de casas existentes en cada lugar. Pero dicho crecimiento suponía un aumento de la fuerza de trabajo e implicaba una mayor demanda de alimentos, con la roturación de nuevas tierras, arrebatadas a las laderas de las montañas y bosques, deforestando, pese al bajo rendimiento que se obtenía de tales tierras, sometidas además a un régimen de barbecho, hasta alcanzar un límite en que se produjo el estancamiento de la producción, lo que genera

una sensación de «mundo lleno». No careció dicho crecimiento de crisis, por malas cosechas o epidemias, como la peste en 1565, y el incremento comienza a ralentizarse a partir de 1580, alcanzando su máximo desarrollo hacia 1600. A lo largo del siglo XVII se produce cierta regresión en la población, entre 1610 y 1660-1670, causada por crisis agrícolas que provocan hambre, como en los años 1614-1615, por sequía, o plagas, –en 1680 en la Fueva y en 1690 en el Valle de Puértolas se mencionan los estragos provocados por la langosta–, a lo que se une el incremento de la presión fiscal por los conflictos en que se embarca la Corona.

La crisis económica planteaba en el segundo tercio de dicho siglo, grandes perjuicios y sacrificios a los lugares de Sobrarbe a la hora de abonar los «servicios» acordados en las Cortes del Reino, no sabiendo como pagar o efectuándolo en «especies», productos que se obtenían en dichos lugares, como ocurre entre 1632-3 y en 1633-4, respecto al «servicio» aprobado en las Cortes de 1626, o respecto al de las Cortes de 1645-6. A esta crisis se suma la Peste entre 1648-1653, con referencias en Sobrarbe hacia 1652-4, como figura en los protocolos de Bernardo de Orús, notario de Torla, quien anota el día 19 de febrero de 1653: «*todos los días se va extendiendo la peste en Aragón por muchos lugares y que en esta villa aunque se disimula, an muerto algunas personas, y como el tiempo es tan fresco, no cunde*» (A.H.P.Hu., sec. prot. not., n.º 6.395, f. 14). Se producían posteriormente pequeños rebrotes, como en 1659 en el Valle de la Fueva. Tales epidemias produjeron nuevos lugares despoblados, como Semué o la Pardina d'a Isuala. A lo largo de dicho siglo y en el primer tercio del XVIII persisten las epidemias, con menor gravedad, salvo la peste proveniente de Marsella de 1720, que provocó la puesta en cuarentena de los lugares fronterizos, como señalaba el testigo de un pleito –en 1751–, quien hacia «*memoria que en el año de [17]22 ó 23, habiendo su Majestad mandado que los vecinos de los Puertos de Francia guardasen sus fronteras por razón de la Peste*», y rebrotes epidémicos, locales, como la de «*viruela maligna*» en Morillo de Monclús en 1771.

Los conflictos bélicos en que se embarcó la Corona hacia mediados del siglo XVII, afectaron también al Sobrarbe, en especial la Guerra con Francia (1638-1659), con la merma en las cosechas, al destinarse a mantener las tropas, y los robos de ganado durante de las escaramuzas bélicas. Tras el conflicto se inicia cierta recuperación de la población, que permite la roturación de tierras –en 1688, las «*ordenaciones*» de la villa de Bielsa permite realizar «*artigas*»–, pero el conflicto de la Guerra de Sucesión (1705-1713), vuelve a detener tal recuperación, generando una crisis que se prolonga durante el primer tercio de dicho siglo.

En torno a 1730, se alcanza el nivel demográfico de comienzos del siglo XVII y se recupera el crecimiento demográfico, alcanzando un máximo hacia 1780, gracias a la casi desaparición de epidemias, la extensión de cultivos, roturando nuevas tierras, abandonadas con la regresión del siglo anterior, en una política impulsada por orden real, como la pragmática de 1773. La roturación de tierras comunales, reducía las tierras para pastos, y fuerza la revisión de los límites del municipio, renovándose las «*buegas*». Igualmente se lleva a cabo la redacción de



La aldea boltañesa de Silves se empobreció a mediados del XVIII debido a un periodo de malas cosechas

cosechas que provocan el empobrecimiento de muchas «casas», como se señala en Buesa en 1744; en 1748 para Boltaña y sus aldeas de Silves y Campodarbe, así como para Aínsa, Guaso y Latorrecilla, que solicitaron su exención del pago de contribución por varios años, a causa del pedrisco sufrido en agosto de dicho año. Igual imagen ofrece un memorial del lugar de Guaso de 1755, donde se indica que de las 20 casas o vecinos que lo componían, *«por la calamidad y miseria de los tiempos que lo han acosado con nueve o diez años de pedregadas y aguadas continuas que lo han derruido, y sequía que lo ha esterilizado»*, habían desaparecido 8 casas. Añadir importantes avenidas y riadas, como la de 1788, que arruinó las *«fargas»* de Bielsa.

El ritmo de incremento de la población había recuperado a partir de 1760 hasta el siglo XIX, con la mejora de las técnicas de cultivo, impulsado por personajes «ilustrados», como el Abad de San Victorián, miembros de la Real Sociedad de Amigos del País de Jaca y sus Montañas, creada en 1783, o *«económicos franceses emigrantes»*, como señala un viajero en 1794, quien indica que *«los alemanes que cultivaron la mina de cobalto [de Gistain] introdujeron en Benasque y Plan el uso de las trufas o criadillas, que han sacado el hambre en esta montaña»* (BUIL GIRAL, León J., 1997, *Viaje por el Alto Aragón. Noviembre del año 1794*, p. 103), alusión al desarrollo del cultivo de la patata, ya presente en 1768 en el valle de Bielsa y hacia 1794 en el Valle de Vio. Otros productos, como los *«guijones»* o *«arbejas»*, comunes en la comarca a finales de dicho siglo, aparecen en Lecina hacia 1717.

El sistema de transmisión del patrimonio establecido en la «casa» impulsó la emigración de la población excedente, en especial de los hijos e hijas no herederos, a los que se proveyó, a través de matrimonios, con sus dotes, de un «patrimonio» que les permitiese crear una nueva «casa». Se ampliaban los lazos de parentesco, en un estrecho ámbito, dentro del valle o lugares aledaños, mientras las «casas» más poderosas, trazan sus lazos de relaciones en un ámbito más amplio, en busca de casas de su misma *«calidad»* o nivel económico. De la misma manera, la

concordias y capitulaciones por los terrenos destinados al pasto del ganado, lo que refleja un crecimiento de la cabaña –el aumento del número de cabezas de ganado requería el del número de pastores–, produciéndose pleitos y sentencias sobre *«aleras»* o derechos sobre pastos, incluso en las relaciones entre ambas vertientes del Pirineo, con los conflictos del Valle de Broto por la montaña de Oussone con el Valle de Barèges.

Sin embargo, en torno a mediados de dicho siglo XVIII se producen malas

presencia de familiares destinados al sacerdocio en otros lugares, especialmente de áreas más meridionales o septentrionales, según la situación del lugar de origen, les convertía en «casamenteros», que buscaban maridos a sus sobrinas, a la vez que constituían una importante fuente de riqueza para la casa, al percibir o traspasar sus bienes a un heredero en su papel, proveniente de la misma casa.

Las formas de vida adoptadas por los valles pirenaicos, vinculadas a la ganadería, generan cierta emigración temporal, como se refleja en una capitulación sobre el Puerto de Góriz dada el 1 de mayo de 1676, donde se alude a *«que la mayor parte de los concejantes del lugar de Buerba estaban a llevar sus ganados a la Tierra llana, [...] hasta el día once del mes de junio de este presente año de mil seiscientos setenta y seis, que será cuando habrán venido la mayor parte de los concejantes»*. Igualmente, en 1794, un viajero cita como las gentes de los valles pirenaicos se dirigen en invierno –la nieve cubría Fanlo de octubre a mayo–, a la «Tierra llana» o a Francia, a realizar labores agrícolas, y las mujeres en labores de servicio.

En un territorio que ofrecía una posibilidad de producción y de absorción de nueva población limitada, resultaba poco apto para atraer población inmigrante, por lo cual sólo hallamos un reducido número de personajes de origen francés, entre los siglos XVI-XVIII, procedentes de los valles colindantes, así como de navarros, realizando labores especializadas, como maestros de obras (canteros y piqueros) en el siglo XVI, o en las minas y *«fargas»* de los Valles de Bielsa, de la Comuna (Sin, Señes y Serveto) y de Gistau.

El lento transcurrir de la historia y sus tropiezos

En el siglo XVI, en la Corte se opinaba de las gentes de las montañas aragonesas, que *«de su natural inclinación son inquietos y aparejados a semejantes desasosiegos de los que agora se suceden»*, como parecieron demostrar los sucesos ocurridos en dicho siglo.

La violencia era un fenómeno muy usual a comienzos del siglo XVI, con «bandos» locales en Aínsa en 1503, 1519 ó 1527, o en el Valle de Broto en 1520. A



Pastor de Gavarnie. Litografía de 1829

esto se suma, dentro del conflicto por el Reino de Navarra, la invasión de Torla y del Valle de Broto en 1512 por tropas francesas, derrotadas por gentes de dichos lugares y del cercano Serrablo, Valle de Solana y Ribera de Fiscal, un hecho que dejó huella, como refleja el temor del Valle de Broto en 1521 ante lo que parecían los preparativos de otro ataque. Durante la primera mitad de dicho siglo se prolonga la rebelión de los vasallos de la Baronía de Monclús, quienes en 1519 derriban el castillo señorial, símbolo de su poder, y cuyo conflicto fue resuelto en las Cortes de Monzón de 1585. Más tardíamente, en la pugna entre señores y vasallos, puede situarse el asesinato del Señor de Pardinella en la iglesia de San Juan de Plan en diciembre de 1580, y del Barón de Buil en 1618.

Como hemos señalado, el crecimiento alcanzado hacia mitad de dicho siglo XVI generó una imagen de «mundo lleno», como lo muestran las disputas por límites, con conflictos violentos, en especial en la década de 1570, entre Boltaña y Matidero por las partidas de Fartué y Pacosduerrios, o de Bielsa con el Valle de la Comuna o Traseto, a la vez que se produce una época de florecimiento del bandolerismo. En 1582 la Inquisición señalaba que desde Jaca a Urgel, *«la tierra está llena de cuadrillas y desafíos y todos con las armas en las manos»*, pues tal fenómeno se había incentivado por la «guerra» entre el Conde de Ribagorza y sus vasallos, donde participan algunos pequeños señores de lugares del Sobrarbe, en una «guerra privada» a la cual concurren con sus cuadrillas o «mesnadas», que incrementan el desorden con las alteraciones que originan en los lugares de Sobrarbe, los cuales solicitan ayuda a la Diputación del Reino, instalándose una compañía de infantería en Aínsa, y recurriendo a medidas legales extraordinarias como el desafuero, y al nombramiento de procuradores para perseguir a los bandoleros, durante los años de especial recrudescimiento de este fenómeno entre 1561-1572 ó 1578-1588, en que se llegó a un desaforamiento general del Reino.

El fenómeno del bandolerismo será endémico a todo el siglo XVI e inicios del XVII, fruto de la marginación social y pobreza, con un incremento de su actividad en años de crisis, produciéndose robos y asaltos en los caminos. A este fenómeno, se suma un bandolerismo nobiliar, donde las cuadrillas son encabezadas por pequeños señores, o sus hijos, cuya mentalidad se había forjado en la imagen del caballero medieval, embarcándose en «guerras privadas», como sucede en 1555 con los derechos sobre la Baronía de Bércabo. Entre los «nobles bandoleros» destaca la figura del segundón Lupercio Latrás, con ciertos lazos de parentesco con familias de Sobrarbe, como el Señor de Ligüerre de Cinca. En julio de 1588 junto a su cuadrilla ocupa la villa de Aínsa, tras participar en la matanza de moriscos en el Valle del Ebro y en la guerra de Ribagorza.

Las magras rentas de estos señores pirenaicos, infanzones acogidos a sus fueros y privilegios medievales, les inducen a dirigir el tráfico de caballos hacia Francia, prohibido por orden de Felipe II. Son perseguidos por la Inquisición, la cual actúa como instrumento de orden policial en manos del monarca, sufriendo dicha institución un cierto rechazo, con ataques en 1549 en Broto por contrabandistas, en 1566 en Torla, o en 1576 y 1595 en Aínsa. En el siguiente siglo,

dichos cargos se transforman en un símbolo de preeminencia social. Destacan las figuras de Felipe de Bardaxí y de Rodrigo de Mur, Señor de Lapenilla, ambos «*pasadores de caballos*» o contrabandistas, cuya violencia les proporcionaba la protección, por miedo, de las gentes de la comarca. Condenados por la Inquisición, actuaron posteriormente como espías y sicarios de Felipe II, tanto en Francia, durante las «guerras de religión», como respecto a los fueristas y las alteraciones de Aragón en 1591.

Tras la huida a Aragón de Antonio Pérez, secretario de Felipe II, y ante los sucesos de Zaragoza y la venida del Ejército real, convocados por los fueristas los lugares de Aragón, acuden en su apoyo 200 hombres de los Valles de Bielsa, Gistau y Puertolas, pero cuando llegan a Barbastro, el ejército fuerista ha sido ya derrotado, por lo que desisten y deciden poner-

se a disposición del Rey. En los intentos de los agentes reales por capturar a Antonio Pérez, tanto en la propia Zaragoza como durante su huida, la Inquisición encomienda tal labor a Rodrigo de Mur, cuya lealtad era considerada dudosa, por lo que se ordenó derribar su castillo en Lapenilla. La invasión del cercano Valle de Tena en 1592 moviliza a las gentes del Valle de Broto, y provoca la instalación en el Pirineo del Ejército real de D. Alonso de Vargas, planteándose la fortificación del Pirineo, con reformas en la fortaleza de Aínsa, y la instalación de tropas en Aínsa y Boltaña, lo que como se señala en 1592, habían de «*llevarlo muy mal los naturales*».

El fenómeno de bandolerismo se prolongó a comienzos del siglo XVII, como avisan los síndicos de Gistaín, Aínsa o Boltaña, a los Diputados, «*sospechando que a causa de la penuria del tiempo [la inseguridad] ha de ir en aumento*» en 1606.

El inicio del conflicto internacional en 1635 con la guerra contra Francia, provoca en 1637, por orden real, el cierre de las fronteras comerciales, y con ello el cese del movimiento económico con Francia. Se producen requisas de moneda, ganado y productos a los comerciantes franceses. La ofensiva francesa sobre Fuenterrabía generó la movilización del frente pirenaico, y a partir de junio de 1638, los Diputados organizan su defensa. El envío de tropas reales no es bien acogido por los valles pirenaicos, prefiriendo ser ellos responsables de su defen-



La prohibición por parte de Felipe II del tráfico de caballos con Francia originó un contrabando de envergadura en el siglo XVI, que tendrá poco que ver con el futuro contrabando de menor escala que provoca la fijación de la frontera en el XIX. Litografía de 1834 «*Contrebandiers environs de Gavarnie*»

sa, como señalan en una propuesta remitida el 21 de septiembre de 1638, por la Villa de Aínsa, los Valles de Broto, Solana, Vio, Puertolas, Gistau, y las Baronías de Bárcabo y Monclús al Consejo de Aragón, pero fue desestimada. Se enviaron armas por la Diputación para armar a los Concejos sobrarbenses, pero la presencia de tropas foráneas en el «*presidio*» de Aínsa y en localidades vecinas –«*una compañía de soldados*» en Boltaña–, provocaba conflictos y desordenes en Sobrarbe. Las actividades bélicas se redujeron a escaramuzas con los valles franceses colindantes, con asaltos y robos de ganado por una y otra parte.

El estallido del conflicto en Cataluña en 1640, y la penetración en dicho territorio de los ejércitos franceses, invadiendo parte de Ribagorza en 1641 y tomando Monzón en 1642, modificó el panorama. La defensa de la frontera pirenaica se encomendó a los valles fronterizos, a los cuales la Diputación suministró armas, negándose posteriormente estos valles a suministrar hombres para el ejército que luchaba en Cataluña, aunque en 1644 se hacía promesa de enviar soldados desde Sobrarbe.

La Paz de los Pirineos de 1659 trajo el fin del conflicto, aunque los daños producidos por la guerra se vieron agravados por la Peste (1648-1653). El conflicto no había impedido las relaciones con Francia, habiéndose mantenido el intercambio de productos, o renovado la «*facería*» firmada por el Valle de Bielsa y el Valle francés de Barèges el 12 de septiembre de 1648, estableciendo la obligación de advertirse ambos valles del paso de tropas por los Puertos, no hallándose en ello comprendidas las guarniciones cercanas de Aínsa y de Tarbes o Lourdes.

Tras el conflicto, la situación recobró su normalidad, produciéndose un cierto crecimiento demográfico de Sobrarbe, aunque se producen algunos ataques y robos de ganados sobre los rebaños del Valle de Broto en 1669 por los franceses, dentro de un nuevo conflicto bélico.

La muerte sin herederos de Carlos II en 1700, provocó, pese a haber sido designado como sucesor el francés Felipe de Anjou (Felipe V), el estallido de una guerra civil ante las pretensiones del archiduque Carlos de Austria, quien se proclamó rey de España en 1705: la Guerra de Sucesión. Entre 1702 y 1704, en las Cortes del Reino convocadas en Zaragoza por Felipe V, comparecieron por el brazo de la pequeña nobleza, diversos infanzones de Sobrarbe, así como el Abad de San Victorián y el procurador de la villa de Aínsa. La proclamación por Carlos de Austria como monarca supuso el inicio del conflicto y la división del Reino de Aragón. Sobrarbe se declaró a favor del Austria, salvo la «*valle de Aínsa*», pero fue dominada dicha villa por la partida del austracista Antonio Grau en los meses finales de 1705, quien instaló allí su base principal, de donde fue expulsado por tropas felipistas, que a finales de 1706, atacaban Campo, nuevo centro de mando de Antonio Grau, siendo derrotados y capturados numerosos soldados –algunos procedentes de la Fueva–. Recuperada la fortaleza de Aínsa

por los austracistas, la victoria de Almansa (25 de abril de 1707) produce un giro en la guerra en Aragón y Sobrarbe. Los valles más pirenaicos son dominados por los partidarios del Archiduque –voluntarios catalanes, regulares napolitanos y voluntarios aragoneses o «*migueletes*»–, que forman partidas y tienen como base las fortalezas de Aínsa y Benasque. Contra dichas fortalezas se dirigen diversas expediciones, logrando la toma el 21 de junio de 1707 de la Villa de Aínsa el Marqués de Saluzzo, obteniendo así el control del Sobrarbe por las tropas felipistas, que deberán dispersarse por sus valles, lo que causaba, como señalaba el Duque d’Estaing, que los doce batallones que se alojaban en los valles del alto Cinca resultaran excesivamente onerosos, pues «*las comunidades estaban en la imposibilidad de pagarles su cuartel de invierno, tanto por su pobreza como por la guerrilla que se hace y obliga a los habitantes de las aldeas a abandonar y retirarse a lugares inaccesibles*», para tratar de mantener abiertos los pasos a Francia, pese a ataques de los «*migueletes*» o partidas de voluntarios austracistas provenientes del Valle de Benasque, quienes en septiembre de 1708 derrotan a una compañía de voluntarios felipistas en Bielsa, y protagonizan ataques sobre los valles colindantes galos, señalándose partidas de «*migueletes*» austracistas en 1710 en los Valles de Vio y Broto, y haciéndoles responsables en 1712 de la quema de la iglesia parroquial de Tella a «*migaletes o voluntarios*».

El conflicto provocó la división dentro de la población de Sobrarbe, retirándose el Abad de San Victorián al monasterio de San Juan de la Peña, así como la presencia de los soldados, que debían ser mantenidos sobre el terreno, provocaba fuertes mermas en las rentas de las casas y lugares. Tras el conflicto se produce cierta depuración en los cargos, solicitándose informes sobre la fidelidad de ciertos personajes propuestos para oficios eclesiásticos.

El desarrollo económico de Sobrarbe tras el conflicto, se refleja en las múltiples casas y edificios alzados en la segunda mitad de dicho siglo. Las guerras en las que participen los Borbones contarán con sobrarbenses en sus filas, y sólo la Guerra contra la Convención francesa renovará el conflicto en estas tierras.

Ya en 1791 el rector de Tella, señalaba que «*son muy perniciosos los franceses que pasan a estos países a fabricar cucharas*», al traer con ellos las ideas revolucionarias, aunque también se habían refugiado en Sobrarbe algunos miembros del clero refractario, como el abad de Saint Roman des Paucelles. El estallido del conflicto en marzo de 1793 entre España y la Convención francesa, lleva al refuerzo de la frontera con tropas que impidan la penetración de las tropas galas y de la propaganda revolucionaria, recogiendo un impreso en el Puerto de Plan, y realizándose escaramuzas sobre tierras galas, derribando un «Árbol de la Libertad». Frente a esta propaganda revolucionaria, se efectuó una labor intensa por el clero. Junto a las tropas, se armó a las gentes de los valles, para proteger los pasos y sus ganados sitios en los Puertos, aunque el Pirineo aragonés fue un frente secundario en este conflicto. En octubre de 1793, un ataque francés sobre el puerto de Plan, aunque detenido y enviados

refuerzos desde Barbastro, provocó cierto temor, por lo que los ornamentos más valiosos y Archivo del monasterio de San Victorián fueron trasladados lejos de allí, mientras que los de la iglesia colegiata de Boltaña y otras, por orden episcopal, se conducían a Barbastro.

Aunque la guerra se inició con éxitos españoles en el Rosellón, en 1794 la moral de las tropas, como señalaba un viajero, era muy baja, con escaramuzas, que provocan el incendio de los edificios del Mesón de Bujaruelo. En mayo de 1795, las tropas ubicadas en Sobrarbe se cifraban en más de 500 hombres, distribuidos entre los Valles de Broto, Bielsa y Gistau. La Paz de Basilea, firmada el 22 de julio de 1795, puso fin al conflicto.

El nuevo siglo traería novedades, cierto espíritu innovador que parecía traer cambios, pero que debieron de esperar a una Guerra (1808-1814) para lograr la desaparición de muchos elementos del Antiguo Régimen.

Actividades económicas

El desarrollo económico en un área montañosa y rural como el Sobrarbe, se halla vinculada a la actividad ganadera y a la existencia de una mano de obra abundante. Ya hemos señalado como el siglo XVI fue próspero, gracias a la coyuntura económica europea, produciéndose un crecimiento de población, así como de la demanda, no sólo de alimentos, que obliga a roturar nuevas tierras, con la construcción de fajas de cultivo, ganando a la montaña, con paredes de piedra seca, así como la realización de «escalidos» en las tierras comunales –Ligüerre de Ara, 1554–, por lo que se dan «vedas» en las dedicadas a pastos, como en Laspuña en 1552 o en Tella en 1564, alcanzándose el límite de expansión hacia mitad del siglo, lo que provoca un estancamiento en la producción. Dicha necesidad de tierras provocó conflictos entre lugares vecinos, ante diferencias sobre la jurisdicción y propiedad de dichas tierras, hasta entonces destinadas al pastoreo, por lo que se revisan «buegas» y «amojonamientos»: en 1559 entre Escanilla y Lamata, y entre Broto, Linás de Broto, Fragen y Torla; en 1562 entre el Valle de Vio y el de Puertolas; 1570, Valle de la Comuna; 1571, entre Olsón y Espluguiello; 1578, entre Campol y San Martín de la Solana; 1588, entre Boltaña y Matidero; 1623, entre Boltaña y Morcat, y 1627, entre Boltaña y Valle de Vio, y entre Boltaña y Matidero. Como solución a los «pleitos y diferencias», se apela a árbitros, cuyas Sentencias no son siempre aceptadas, recurriendo entonces a la violencia, como sucede entre la Villa de Boltaña y el lugar de Matidero por la partida de Fartué, con la actuación de la Diputación del Reino para poner paz en 1576, ya que participaban en el conflicto bandoleros que amedrentaban a los que desde el Serrablo se dirigían a Boltaña. Conflictos similares se suceden entre Bielsa y el Valle de la Comuna. También se ratifican o sentencian diversas «aleras», como las realizadas en entre Castellazo y Sarsa de Surta en 1557, o entre el Señor y Conce-



Las tierras dedicadas al pastoreo fueron objeto de continuas disputas

jo de Albella y Planiello, y el Señor y Concejo de San Felices, en 1586, y compromisos como la Sentencia arbitral sobre el Puerto de Goriz el 11 de julio de 1531, o la concordia del valle de Broto y el Quiñón de Panticosa sobre la montaña de Serbillonar el 19 de agosto de 1534, y las facerías de dicho Valle con el de Barèges y la ribera de Saint-Savin en Labedan, sobre el pastoreo en dichos valles. Dicho desarrollo económico acentúa la diferenciación entre el área pirenaica de la comarca, ganadera, y la prepirenaica más agrícola –la barrera de tales zonas corresponde con el del cultivo de la vid y el olivo–, por lo que los valles pirenaicos debían abastecerse de grano, aceite –recurren al uso de la manteca– y vino de las tierras de menor altitud. También debió ser importante la presencia de árboles frutales, aunque suelen aparecer pocas veces reseñados en la documentación –en el *«Libro de las centenas»* de Abizanda, de 1555, se citan almendros, *«cerolleras»*, cerezos, membrillos, *«figueras»*, *«laytoneros»*, manzanos, *«menglaneras»*, olivos, *«olibones»*, *«nogueras»*, perales y *«presegueras»*–.

La ganadería trashumante sería también numerosa, como reflejan los acuerdos y *«facerías»*, así como la confirmación por Felipe II de un privilegio de Fernando II de 1488, el 2 de octubre de 1587, sobre el libre paso del ganado, sin abonar cargas, por lo que se constituye una Junta de Ganaderos del Alto Aragón, que

reaparecerá en el siglo XVIII. Hallamos arriendos de pastos por rebaños de la Tierra llana, así como por particulares de la comarca, produciéndose un incremento de las tierras de cultivo a costa de pastos.

El crecimiento de la demanda también fue paralelo al de la producción, con la construcción en los ríos y barrancos sobrarbenses de múltiples maquinas movidas por agua, molinos «*farineros*» y «*mallos batanes*», los cuales ablandaban los tejidos, a partir de la lana y el estambre de los rebaños de la comarca, trabajados por los artesanos en sus telares, con un importante número de «*tecedores*» en lugares como Boltaña, Aínsa o Broto, que producían tejidos como «*estameñas*», «*sails*» y «*escais*» o paños anchos, como se señalan en las capitulaciones de arriendo de batanes.

También funcionaban «*sierras de agua*» para la madera en los valles pirenaicos, no pudiendo olvidar que los ríos Ara y Cinca eran descendidos por «*nabadas*», formadas a través de sociedades de «*nabaderos*» o navateros, cuya madera llegaba hasta el Mediterraneo, aunque se adquiría por las poblaciones ribereñas, para abastecer sus necesidades.

Entre las actividades extractivas, la producción de las minas de hierro, plomo y plata del Valle de Bielsa y las de hierro del Valle de la Comuna, ofrecían un mineral de gran calidad,



Foto de las Minas de Bielsa de Ricardo Compairé. Sobre ella, planos de la Mina Luisa

hasta tal punto que en capitulaciones de Zaragoza o de El Escorial, en la segunda mitad del siglo XVI, se reclama se utilice hierro de tal origen. Varias «*fargas*» preparaban el metal para conducirlo a las «*tablas*» sitas en ciudades como Barbastro o Monzón o Zaragoza. Dicha producción y traslado, solía hallarse controlado por mercaderes de Barbastro como Jerónimo Lunel o Miguel Diez, aunque junto a ellos se sitúa el Barón de Pallaruelo, Ramón de Mur, poseedor de una «*farga*». Éstos arrendaban las minas, cuya explotación encomendaban a «*menateros*» navarros, así como la producción de carbón, las «*fargas*» o el transporte de dicho hierro, a los Concejos. Estos burgueses o mercaderes, procedentes de Zaragoza o Barbastro, son además arrendadores de bienes de los Concejos (puentes, molinos, tiendas, etc.), así como de las rentas de las primicias de Sobrarbe. Pero la numerosa concesión de préstamos o censales, ante las necesidades de los Concejos, provoca, con la crisis económica del primer tercio del siglo XVII, la firma de acuerdos con los acreedores (1633, concordia entre el capítulo de San Victorián y el Concejo de Laspuña sobre censos debidos; 1640, problemas con los acreedores de Bielsa; 1656, concordia de la villa de Boltaña con sus acreedores; 1685, aprehensión de las minas de Bielsa). Se registran en el censo de «*fogajes*» de 1647 un elevado número de casas que viven de la caridad.

La crisis demográfica del siglo XVII provocó un decaimiento de la economía, con el aumento de la presión fiscal, la Guerra con Francia y Cataluña (1635-1659) y la Peste Negra (1648-1653), por lo que se produce cierto abandono de tierras por el descenso de la población. El tráfico de productos continuó por los pasos pirenaicos, como reflejan los datos de las aduanas de Torla o de Plan en 1642, siendo el balance deficitario para Sobrarbe, dentro de un área de mercado limitada. Durante dicho siglo continuó la explotación de las minas de Bielsa, muy mermada, pero en la segunda mitad del siglo XVII, comienza a recuperarse la población, permitiéndose nuevas «*artigas*». En los valles pirenaicos –Valle de Broto y Valle de Vio– la producción de medias de estambre, vendidas por el Reino, lleva a que en 1695, soliciten a la Diputación les declarase exentos de ciertas tasas, sin conseguirlo. La regresión del mundo artesano se prolonga por dicho siglo XVII, por la subida del precio de la lana y la crisis económica que reduce la demanda.

La Guerra de Sucesión supuso una nueva crisis económica, al soportar el territorio la carga y los saqueos de las tropas de uno y otro bando. La recuperación de dicha crisis a partir de mediados de siglo XVIII, tras la crisis sufrida hacia 1740-1755, por inclemencias climáticas, se produce por la nueva puesta en cultivo de tierras abandonadas en el siglo XVII, permite aumentar la producción, así como por nuevos cultivos, y el uso del mulo en vez de los bueyes, incrementándose la cabaña ganadera. La roturación de tierras será promovida por orden real, como la orden real de «*abrir tierras labrantías para sembrar y poder hacer cúmulo de labradores*», recibida por el Concejo de la villa de Boltaña el 24 de agosto de 1768, el cual considera que son sus partidas «*montañosas*», por lo que no se pueden arar, pero si «*escalías*», sin perjudicar a la villa ni a los gana-

dos. En ese movimiento expansivo en la ocupación de tierras surgen conflictos sobre los límites, con revisión de buegas: sirva como referencia la villa de Boltaña, donde en 1744 se revisan las buegas de los límites con Torruellola del Obispo y con Jánovas; en 1753, con San Vicente y Labuerda, Sieste y Aínsa, y en 1756 con Buerba. Estas tierras cultivables se restaban a las tierras comunales, dedicadas generalmente a pastos, renovándose pleitos por «*aleras*» y distintos compromisos. Son numerosas las «*artigas*» efectuadas en dicho siglo, aunque hacia finales de dicho siglo se produce cierto freno en el crecimiento, señalándose en 1791 en Tella, que por la interrupción de tal labor deforestadora en 1778, se producía la «*ruina en sus ganados por las fieras, y en la mies, por la multitud de bosques, abrigo de las fieras y sombrío*» (Archivo Diocesano de Barbastro. Respuesta del párroco de Tella a la encuestas episcopales, 1791). La producción, salvo en las áreas más ricas agrícolas, apenas llegaba para «*el abasto ordinario de los havitadores*» (A.D.B. Respuesta del párroco de Labuerda a la encuestas episcopales, 1791).

La regresión del artesanado se prolongó a lo largo del siglo XVIII, y aunque en 1771 se señalan gremios de artesanos en Boltaña (pelaires y tejedores), los informes de los párrocos al Obispado reflejan la crisis: en 1791, respecto a Boltaña, se dice que «*no ay mas fabricas que un gremio de pelayres de delantales bastos, y estos oy están muy decaídos, y no se puede hacer juicio de su producto*», y en Labuerda en 1795, que «*no hay otras fabricas mas que la de un pelayre, dos teçedores de las ropas del país, dos alpargateros, un herrero, un mesonero y dos sastres, los demás todos son labradores y jornaleros*» (A.D.B. Respuesta de los párrocos de Boltaña y Labuerda a la encuestas episcopales). Apunta el viajero en 1794 que su ruina se debió al encarecimiento de las lanas. En ese año, la producción de los artesanos –pastores de los Valles de Vio y Broto– de medias bastas de lana se dirigía hacia Navarra. Destaca, por su valor etnográfico, la descripción que hace el viajero de 1794: «*hacen media los hombres que yo he visto que quedan en el Valle [de Broto], habiéndolos visto juntos al sol haciendo media mientras que las mujeres están en el campo trabajando, y llevan al hijo en un brez de varas de avellano que cuelgan de un árbol*». (BUIL GIRAL, León J., (1997), *Viaje por el Alto Aragón. Noviembre del año 1794*, p. 166). Añade que la lana del valle se conducía a Barcelona. Según un censo de 1784, se localizaban telares en Aínsa, Bielsa, Boltaña, Broto, Plan y Puertolas, que trabajaban con lino, cáñamo y lana, los cuales destinaban normalmente su producción al ámbito local, con una producción de los 4 telares existentes en Broto de unas 40 arrobas totales al año.

También continuó la extracción de madera a través de los ríos en nabatas, para suministrar a la Armada, construyéndose hacia 1700 una «*grande carretera*»

Página derecha:

En el siglo XVIII se reduce la actividad en las minas de Bielsa y se comienzan a explotar las de cobalto en el valle de Gistain





Antigua prensa de libra en el molino aceitero de Coscojuela de Sobrarbe, fechada en el siglo XVIII

para sacar madera en Laspuña. Hacia 1770 se inició un túnel en el Puerto de la Madera, en su vertiente francesa, para sacar la madera del valle hacia dicho país. A finales del siglo XVIII, se desarrolló una manufactura basada en el boj, para fabricar cucharas, y que se hallaba impulsado por franceses.

La influencia francesa era muy importante, en especial en los valles lindantes, como el de Bielsa o el de Gistau, en la extracción de madera, así como en la producción metalúrgica, afectada por la destrucción por avenidas y riadas de las «*fargas*» en 1778, lo que provoca la infrautilización de las minas de Bielsa, mientras se desarrollan las minas de cobalto aparecidas en Gistaín –estudiadas por los miembros de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, constituida en 1776–, así como otros yacimientos en Sobrarbe, dichas minas fueron descubiertas en 1732 y se hallaban en manos de extranjeros, a los que se les obligó a destinar su producción a España.

En la agricultura se habían introducido nuevos productos, como la patata en el último tercio de dicho siglo XVIII o variedades de trigo, así como se habían plantado moreras para obtener seda con la cría de gusanos, y así en 1792 Pedro Bleuca y Paul apunta que en Castejón de Sobrarbe, el desarrollo de «*plantío de moreras, que prueban muy bien y de cada día se aumentan*» (1987, *Descripción topográfica de la ciudad de Huesca y todo su partido en el Reyno de Aragón*. Edic. facs. de 1792, p. 233), cuya producción debía ser exportada, así como la producción de miel del área del río Susía. Se desarrollaron nuevos métodos

gracias a algunos propietarios que pusieron en práctica las ideas difundidas por los «ilustrados», como el Abad de San Victorián. Importante fue también el desarrollo del olivo, como demuestran los tornos o «prensas de libra» que se han conservado en la comarca. La mayor parte de los edificios conservados presentan fechas de fines del siglo XVIII, como el de molino de aceite o torno de Trillo –«*Año de 1786, hicieronlo 13 casas de Trillo i Don Herónimo Salinas*»–, o el de Coscojuela de Sobrarbe –en la prensa figura la fecha 1796–. En la cuenca del río Susía en 1792, existían tres molinos de aceite, tres de harina y 2 batanes en Olsón y sus barrios de Mondot y Javierre, siendo excedentarios dichos lugares en vino y aceite.

La ganadería fue muy importante, creándose en dicho siglo XVIII la Junta General de Ganaderos de la Montaña, donde se incluían los ganaderos del Valle de Broto, del Valle de Vio y del de Solana y de la ribera de Fiscal. Sin embargo, la presión de los agricultores, en especial en la Tierra llana y de la presencia de ganados franceses, dificultaba su desarrollo, planteándose reclamaciones ante el Real Consejo, obteniendo la renovación en 1745 del privilegio de Felipe II de 1587, y tratando de mediar en los conflictos del Valle de Broto con el Valle francés de Barèges.

Bibliografía

- AA.VV., 1997, *Relaciones históricas del Valle de Bielsa con Francia*. Edit. Ayto. de Bielsa, Bielsa.
- ASSO, Ignacio, 1983, *Historia de la economía política de Aragón* (edic. facs., 1798). Guara editorial, Zaragoza.
- BUIL GIRAL, León J., 1997, *Viaje por el Alto Aragón. Noviembre del año 1794*. edit. La Val de Onsera, Huesca.
- CASTÁN SARASA, Adolfo, 1987, «Pintura popular religiosa en el Sobrarbe», *Homenaje a D. Federico Balaguer Sánchez*, I.E.A., Huesca, pp. 469-484.
- COLAS LATORRE, Gregorio, 1978, «Los valles pirenaicos aragoneses y su colaboración con la monarquía en la defensa de la frontera (1635-1643)», *Argensola*, n.º 85, Huesca, pp. 5-24.
- COLAS, Gregorio, y SALAS, J. A., 1982, *Aragón en el siglo XVI. Alteraciones sociales y conflictos políticos*. Dpto. de H.ª Moderna, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- CONTE OLIVEROS, Jesús, 1981, *Personajes y escritores de Huesca y provincia*. Edit. Librería General, Zaragoza.
- DRUÈNE, Bernard, 1961-2, «La Guerre de Succession dans la Ribagorce et la Conque de Tresp. De 1707 à 1709. Chronique des opérations militaires», *Pirineos*, n.º 59-66, Jaca, pp. 53-82.
- DRUENE, Bernard, 1979, «Géographie militaire ancienne des Pyrénées», *Revue de Pau et du Béarn*, n.º 7, Pau, pp. 197-208.
- GARCÍA GUATAS, Manuel, septiembre 1976, «El arte en Aragón. La expresión popular en el Alto Aragón durante el siglo XVI», *Boletín de la M.A.Z.*, Zaragoza, pp. 12-14.
- GARCÍA GUATAS, Manuel, septiembre 1977, «El arte en Aragón: El escudo de Sobrarbe en las artes plásticas del siglo XVI», *Boletín de la M.A.Z.*, Zaragoza, pp. 15-17.
- GARCÍA GUATAS, Manuel (dir.), 1992, *Inventario artístico de Huesca y su provincia. Tomo III. Partido judicial de Boltaña*, 2 vols. edit. MEC, Madrid.
- GARI LACRUZ, Ángel, 2000, «La sorcellerie dans les Pyrénées centrales a l'époque moderne», *Actes du Colloque «Tolérance et solidarités dans les pays pyrénéens»*. (Foix, 18 a 20 septembre 1998). Foix, pp. 493-512.

- LÓPEZ DUESO, Manuel, 1999, «Brujería en Sobrarbe en el siglo XVI», *Sobrarbe. Revista del Centro de estudios de Sobrarbe*, n.º 4, Boltaña, pp. 21-66.
- MADOZ, Pascual, 1997, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico. Provincia de Huesca*, (edic. facs. 1845-1850). Edit. Prames, Zaragoza.
- MIGUEL LÓPEZ, Isabel, 1994, «El sector manufacturero aragonés en el censo de 1784», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 69-70, Zaragoza, pp. 193-224.
- PALLARUELO CAMPO, Severino, diciembre 1983, «Casa, matrimonio y familia en una aldea del Pirineo aragonés», *Temas de antropología*, n.º 2, Huesca, pp. 62-78.
- PALLARUELO CAMPO, Severino, 1993, *Bardaxí. Cinco siglos en la historia de una familia de la pequeña nobleza aragonesa*. Edit. el autor, Sabiñanigo.